

DESDE VALCARLOS A PAMPLONA POR LA RUTA DE SANTIAGO

Por TOMÁS LÓPEZ SELLÉS

Es un tema sugestivo este del camino de peregrinos a Santiago. Es bien sabido que las Cruzadas y la ruta compostelana son los acontecimientos que más influyeron en la Edad Media. Y por lo que respecta a Navarra, todavía nos quedan recuerdos de aquella época. Muchos de aquellos monumentos religiosos han desaparecido por completo, pero otros todavía quedan en pie. Monasterios y hospitales, que jalonaban el camino, de penitencia para unos y de diversión o artes inconfesables para otros.

Hoy es fácil seguirlo, sin las incomodidades de aquellos tiempos. Es una tarea grata, mientras se van conociendo nuevos rincones de la geografía navarra. Tenemos libros que tratan de este tema, y uno de ellos es «La Beneficencia en Navarra a través de los siglos», de Núñez de Cepeda, que tiene detalles muy interesantes y basados en investigaciones de archivos. Por lo tanto, copiaré algunos párrafos de ese libro, aportando, a la vez, mi pequeño grano de arena recogido sobre el terreno. Deseando que este artículo, necesariamente conciso y limitado a una parte del recorrido, por cuestión de espacio, sirva de estímulo a otros más capacitados que yo.

«Por ser muy interesante el conocimiento del itinerario seguido por los peregrinos, vamos a reseñar las etapas que hacían en España los que venían a caballo. Eran las trece siguientes: 1.º Puerto de Cisa (Baja Navarra) a Viscarret. 2.º Viscarret a Pamplona. 3.º Pamplona a Estella. 4.º Estella a Nájera. . . ». «Tres eran los caminos que desde Hostabat podían elegir los peregrinos para llegar a Roncesvalles; el primero, de S. Juan de Pie de Puerto, pasando por Valcarlos. En esta vía, poco frecuentada desde el siglo XII, había dos hospitalillos o albergues, el de S. Juan de Irauzqueta (donde hoy está el núcleo principal de la villa) y el de Ibañeta. . . ». Hoy queda el edificio de San Juan de Irauzqueta, frente a la parroquia de Valcarlos, pero tan desfigurado y transformado en una casa de vecindad, que no recuerda nada de su pasado de hospital. Por cierto, en 1601, hubo un pleito de propiedad entre el Prior de la Colegiata de Roncesvalles y el Concejo de Valvarlos. Lo perdió este último pueblo y el alcalde de él fué llevado preso a Pamplona

por desobedecer las órdenes. La segunda vía pasaba, también, por S. Juan de Pie de Puerto, subía Astobizkar y descendía a Ibañeta. El tercer camino, por Bentarte, llegaba a Roncesvalles. De la ermita u hospital de S. Salvador de Ibañeta, en lo alto del puerto de la actual carretera, a 1.057 metros de altitud, ya no quedan más que unos muros. Se dice que fué edificada por Carlomagno. De todos modos, hay noticias concretas de esta ermita desde el año 1.007. En junio de 1.110 fué donada, por doña Ermevanda y don Fortuño Sánchez de Yarnoz, al monasterio de Leire.

Desde Hostabat a Roncesvalles, hubo ocho hospitales. En este punto se encontraban con la Colegiata actual, entonces Hospedería. La iglesia la erigió Sancho el Fuerte, que reposa en ella, en los primeros años del siglo XIII. La hospedería se construyó, hacia 1.132, por el obispo de Pamplona, don Sancho de Larrosa, y cuando se redactaba la «Guía de los peregrinos».

Hay, en el archivo de la Colegiata, un manuscrito llamado «La Preciosa». Es gratamente evocador. Da detalles, que ahora nos parecen ingenuos, de cómo se acogía a los peregrinos del siglo XIII. «La puerta está abierta para todos, enfermos y sanos, no solo para los católicos, si no también para los paganos, para los judíos, para los herejes, para los vagabundos. . . En esta casa se lava los pies a los pobres, se les afeita, se les lava la cabeza y se les corta el pelo. . . Remiéndose con cuero su calzado. Un hombre, de pie en la puerta, ofrece pan a los que pasan. . . Honradísimas mujeres, a las que no se les puede reprochar ni la falta de limpieza ni la fealdad, están encargadas del servicio de los enfermos, de los que cuidan con inagotable caridad. . . Dos casas están preparadas para recibir a los enfermos: una para las mujeres, para los hombres la otra. Hay una habitación llena de frutas, almendras, granadas y todas clases de productos de las diversas partes del mundo. Las casas de los enfermos están iluminadas de día por la luz divina, y de noche de lámparas que brillan como la luz matinal. Los enfermos descansan en camas bien mullidas y ataviadas, y no se va ninguno sin haber sido cuidado gra-

tuitamente y recobrado la salud...». Se ignora si esta casa, en donde de tal manera se ejercía la hospitalidad, ocupaba el mismo lugar que las ruinas del hospital que hoy se ven al norte de la iglesia.

Otro de los edificios que quedan de la ruta compostelana, es la capilla del Espíritu Santo, a unos cien metros de la Colegiata. La «Guía» dice que estaba, hacia 1.140, en construcción. Domenico Laff, sacerdote boloñés, dice, en 1.673, que se erigió, por orden de Carlomagno, en honor y sepultura de Rolando y demás paladines. De todos modos, parece que es la edificación más antigua de Roncesvalles. El poema latino «La Preciosa», la describe, a principios del siglo XIII, de esta manera: «Una basílica en la que los que pagaron su tributo a la naturaleza, descansan para siempre... Los ángeles la visitan con frecuencia, según testimonian los que los oyeron... En medio hay un magnífico altar para purgar a las almas de sus impurezas...». Pero estos muertos no tuvieron mucho reposo. Los peregrinos los llevaban como reliquias. En 1560, los soldados franceses que acompañaban a Isabel, futura reina de España, se llevaron muchos. Moret, en la segunda mitad del siglo XVII, habla de los sepulcros «llenos de huesos humanos y muy frecuentemente de desmedida grandeza, y de cupulencia Germánica, de que no pocos se llevan de vuelta los Peregrinos Franceses. Y en nuestro tiempo ha despedido el Cabildo a un Sacristán, que los vendía a peso de onza de plata cada hueso de los grandes». Tenía la capilla pinturas al fresco, alegóricas a la batalla de Roncesvalles, y treinta tumbas lisas. Pero hoy las pinturas han desaparecido, el pórtico está con los huecos cegados y se habilita el recinto para la última mansión de los habitantes del pueblo.

Desde Roncesvalles se llegaba, a los seis kilómetros, a Espinal, donde es posible que habría un albergue. A los ocho kilómetros, Viscarret, donde dice el Códice Calixtino, que hubo un hospital, que no se ha podido localizar. Pasaban los peregrinos por Linzoain y Erro. Según Cepeda, «desde Erro seguían una senda que, dejando a la derecha el pueblo de Agorreta, a siete kilómetros de Erro, subía por el monte que se conoce con el nombre del Caminante, y en la cresta de él aun existe una venta con dos casas muy amplias, una de las cuales, seguramente, fué Hospital o albergue...». En realidad, ahora solo existe una casa, la del caminero, que es muy posible que haya sido hospital, por el empedrado de la puerta y por el hecho de haber, a pocos pasos y al otro lado de la

carretera, un nevero de quince a veinte metros de profundidad. Según Julio R. de Oyaga, en esa zona de Viscarret, hubo cinco santuarios: San Paul, Santa María de Landazabal, Elizmendi, Santa María de Esnoz y Santa Engracia de Esnoz. Y un trozo de calzada empedrada entre Gurbizar y la venta vieja del puerto. Yo no he podido localizar más que San Paul, a una media hora desde Esnoz, en dirección a Lusarreta, casi en la muga, quedando algo de paredes y cimentación, y Santa Engracia de Esnoz, en un montículo y a la entrada del pueblo, quedando algún vestigio. De los otros tres restantes, no he podido adquirir una información exacta.

Desde el alto del puerto de Erro, se llegaba, enseguida, a Zubiri. Cepeda dice que en este pueblo «si que hemos hallado vestigios de la existencia de un hospital que primitivamente debió de servir para recoger a los leprosos...». Cepeda está acertado. Todavía existe, antes de cruzar el puente, un fuerte edificio, de tres pisos, estando ocupada parte de la casa por la Acción Católica local. En el pueblo lo recuerda la gente anciana como posada, antes de que se hiciese la actual carretera. Se le llama «Ermitaldea», y debió de ser bajo la advocación de Santa María Magdalena. Entre el puerto de Erro y Zubiri quedan ruinas, en Osagain, de un edificio que denominan «Elizarreta», que debió de ser el monasterio de Zubiría, donado a Leire en el año 1.040.

Desde Zubiri se llegaba, por un camino casi paralelo a la actual carretera, a Larrasoña. Aquí hubo tres hospitales: San Blas, Santiago y San Agustín, este último monasterio. San Agustín estuvo entre la parroquia actual y la clavería de Roncesvalles, hoy dedicada a vivienda. El hospital de Santiago es muy posible que fuese esta clavería. Y San Blas estuvo emplazado a diez minutos del pueblo, a la derecha de la carretera a Pamplona. Hoy es un campo y no quedan vestigios. Se conserva el nombre del término y queda una imagen del Santo en la Parroquia.

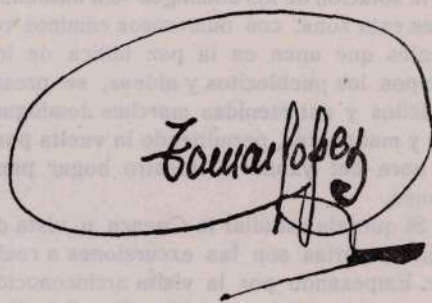
Sigue Núñez de Cepeda: «Catorce kilómetros separan a Larrasoña de Pamplona, que recorrían los peregrinos siguiendo casi en su totalidad el camino sobre el que hoy está la carretera, pasando por Zuriain y Anchoriz (que, como de Roncesvalles, tendría un hospitalillo), hasta llegar a Zabaldica, de donde, dejando a su izquierda a Uarte, tomaban una senda detrás del monte Miravalles, por la que salían a la Trinidad de Arre, donde existió, desde los tiempos más remotos, un renombrado Hospital, del que nos

ocuparemos en su correspondiente lugar, y en el cual descansaban. Seguían después hasta Villava, que también tenía su Hospital dependiente de Roncesvalles...». En Anchóriz quedan, todavía, las ruinas de un edificio que llaman «el hospital». En Iroz, también en la ruta jacobea, una antigua ermita de Nuestra Señora de Monserrat, hoy convertida en habitación, que debió de ser hospital. En término de Oloqui, entre Arleta y Villava, en el antiguo camino, vestiglos de una ermita que se llamó Santiagozar. Y en Arre se contempla hoy día la ermita de la Santísima Trinidad, antiguo albergue de peregrinos erigido hacia el siglo VIII o IX. El culto actual es del siglo XVI.

Desde Villava se dirigían los peregrinos a Pamplona, pasando por el sitio del actual manicomio, puente de la Magdalena, a los portales de Taconera, San Nicolás y Nuevo, únicas entradas en aquel tiempo. Otros peregrinos este último trayecto lo hacían por Badostain, donde todavía quedan ruinas de su iglesia románica, hasta hace poco el cementerio del pueblo. En Pamplona hubo diez hospitales para la atención de los peregrinos. El de la Magdalena, donde el puente

de su nombre, el de San Miguel de la Catedral, dos de Santa Catalina, dos de la parroquia de San Cernin, uno de la de San Lorenzo y tres de la de San Nicolás.

Aquí, en Pamplona, reposaban. Y volvían a emprender el camino hacia Puente la Reina, donde se unían a los que habían entrado por el puerto de Aspe, para seguir a Estella, Viana y Nájera. En muchos de esos peregrinos era únicamente la fé la que les hacía olvidar las incomodidades del largo viaje. Y hoy, gracias a ellos, podemos admirar, a lo largo de esa ruta por tierras navarras, tantos monumentos románicos, que si entonces se erigieron para ejercer la hospitalidad, hoy nos sirven de recreo para los ojos.



LA CUENCA DE PAMPLONA

Por IRUÑAZALE

Pamplona, la capital de Navarra, se asienta sobre una amplia y ventilada meseta.

Desde esta meseta y mirando hacia cualquier punto del horizonte la vista tropieza con un perfecto anfiteatro de montañas azules. En estas montañas están los puertos y accesos a la capital. Velate, Goñi, Echaury, El Perdón, Iso, son los puertos. Irurzun (dos Hermanas), Oskia y el Carrascal son pasos.

Entre los puertos y la Capital una vasta y policroma extensión de tierras que ofrecen a la vista una especie de tapiz cubista de bello colorido; esta es la llamada por los nativos la Cuenca de Pamplona.

Los romanos fueron al parecer los fundadores de Pamplona; eran sin duda algunos duchos colonizadores pues la situaron en el mismo centro de una fertilísima zona y dominando el paso de un río montañoso que nunca falla, «El Arga».

La Cuenca de Pamplona es, pues, un conjunto de Valles y Cendeas.

Las Cendeas son algo así como el riñón o cogollo de esta Cuenca de Pamplona. Estas son las Cendeas de Ansoain, de Iza, de Olza, de Zizur y de Galar. Límitrofes a las Cendeas están algunos Valles que pueden considerarse asimismo de la Cuenca y que son: Ezcabarte, Esteribar, Egües y Aranguren. Apellidos, como veis, todos ellos de purísima raíz euzkérica.

Rica y variada es la producción agrícola de la Cuenca. Y sus campos bien cultivados, producen sin descanso para el consumo creciente de la Capital.

Su enclavación geográfica ayuda de manera eficaz para obtener casi siempre cosechas seguras, ya que sin sufrir los agobios secos de la zona Ribera, pues sobre la Cuenca se recibe mucho la influencia húmeda del Cantábrico; tampoco en los años de humedad excesiva sufre de ésta, como sus veci-